

PESADILLA EN FORMA DE BIBLIOTECA

Por Angel Rama

☆ LA GRAN PUERTA de madera tiene escudidas unas iniciales que se reproducen dentro del zaguán, sobre la cancel, en un modo de escudo: J H F. Son tres iniciales que conoce bien la mayor parte de la población culta del país, e incluso de países vecinos —Argentina, Paraguay, Brasil— porque las ha visto desde la infancia en la portada de los libros escolares donde aprendieron sus primeras letras varias generaciones: José H. Figuera. Tienen un prestigio similar a las de H. D. y, del mismo modo que éstas han acuñado algunas fórmulas indesarraigables —“el intrigante Sarratea” por ejemplo— aquí, las han impreso lecciones enteras en las cabezitas huecas de los uruguayos y una obsesión interrogativa: “¿Quieres leer?”.

Es esa invitación machacona, esa vieja ilusión que hace dos siglos viene haciéndonos creer que la solución de nuestros males está en la capacidad para leer algunas toneladas de papel impreso, la que me ha traído hasta esta casa —habría que decir casona para cumplir con los preceptos de la retórica— disimulada entre las viejas casas del barrio sur. Vengo a enterarme si José Figuera predicaba con el ejemplo, vengo a saber qué leía, y no sé que voy a meterme dentro de un delirio bibliotecario con el cual no sólo puede saciarse, sino incluso hartarse, el más ferviente lector.

Apenas traspuesta la entrada, me introduzco, con Gastón Figuera de cicerone parlanchín y cordial, dentro de un inmenso cuadro surrealista o quizás dentro de una pesadilla que con Kafka de protagonista pudiera soñar Borges, desde su sillón de la Nacional de Buenos Aires. La casa es enorme, con esa distribución habitual de las del siglo pasado: dos habitaciones a la calle separadas por el zaguán y el resto construido bordeando un patio lateral; pero es mucho más antigua por sus muebles, sus empapelados, sus adornos, sus cortinas y por la usura con que el tiempo se ha aposentado en todos los objetos y los ha gastado, preparando un escenario “art nouveau” para Sunset boulevard, si en él fuera posible introducir la Biblioteca de Babilonia reducida a escala.

En la primera pieza donde entramos, la que antaño debía llamarse “el escritorio” una primera comprobación que registré en adelante: las habitaciones tienen cinco metros de alto, aproximadamente tres veces la estatura humana normal, y los estantes llegan hasta el techo. El cicerone entreabre los postigos, y en la media luz empezamos a saber qué significa estar preso de una biblioteca. Libres solamente la ventana, la puerta y el celosarzo resquebrajado y remendado, que ha cubierto todo de cal y polvo. Trepando a una escalera de pintor me dispongo a tomar notas —después las tiraré todas— tratando de poner orden al caos: las primeras ediciones de George Santayana, una excelente selección de la bibliografía sobre pedagogía y psicología de la Inglaterra de principios de siglo, una colección de diccionarios que van de la lengua papúa a la que se habla en Afganistán, sea cual fuere, una serie de publicaciones en árabe, material educativo de todo el mundo, libros sobre artes primitivas.

El cicerone me apresura y, atravesando un patio con enormes chinerías bordadas que las filtraciones de la claraboya han dañado, con largos sillones llenos de almohadones, mestas, bibelets, cuadros, nos enhebramos en otra pieza similar, ésta sin ventana y con una sola abertura libre que es la puerta: calculo unos cinco mil libros, en su mayoría literatura francesa y espa-

ñola, pero donde junto a las primeras, impecables ediciones de Juan Ramón reluce un *Ulises* de Joyce. Se mira a lo alto como interrogando los cielos: ¿qué habrá por allá arriba? Pero hay que seguir. Cruzamos otro patio, nos metemos en otra pieza, más grande, más tapizada de libros —calculo siete mil— y apelando a equilibrio y a la escalera de pintor, refíteleo un sector de cuatro metros cuadrados, el único a que puede llegar mano humana: arqueología, paleontología, antropología, en particular referidas a América, en un conjunto de extraordinario interés.

“Es realmente enorme y algo apabullante” comento.

“Falta lo más importante” contesta. “¿Más?”. “Sí, yo calculo que hay en total unos cincuenta mil libros. Papá tenía librerías representativas en Alemania, Londres, París, Nueva York, Madrid, de donde llegaban sin cesar los paquetes. Además él viajó mucho”. Seguimos. Ni me molesto en tomar notas.

Descendemos a lo que debió haber sido el jardín de la casa y es ahora una biblioteca pública en miniatura: una enorme sala del ancho de la casa, enteramente cubierta de bibliotecas, de macizas maderas trabajadas, con la correspondiente escalera que da a una pasarela que la recorre a lo largo de su segunda planta. Arañas de tres picos servían para iluminar el gran recinto y si estuvieran las largas mesas, si todo no estuviera cubierto de tanto polvo, si en el piso no se acumularan tantos libros, ¿quién nos disuadiría de que hemos penetrado en un olvidado museo donde se guarda desde hace mucho tiempo el saber de una época pasada? Aquí, y a esta hora, el silencio es tan intenso, la tentación de los libros donde están representadas todas las disciplinas —muchísimos sin abrir— es tan poderosa, que se podría pensar que el mundo ha sido abolido, y úmpianzo algún sillón podríamos echarnos a leer en paz durante varias vidas. De veinte a treinta mil volúmenes esperan donde se estudia desde la técnica pianística hasta los problemas de la inmigración, pasando por la historia, la literatura universal, el arte, la pedagogía, y sucesivamente mientras comburo que la pasarela está enteramente cubierta de libros —deben haber sido depositados retrocediendo siempre para no quedar “enladrado” y poder bajar— el infatigable cicerone me invita a seguir. Hay más.

Trepando por una escalerita muy estrecha pasando a través de dos rejas carcelarias, desembocamos en una planta alta con viejos muebles cerrados conteniendo libros, una calavera charrúa, un botelero antidiámano, hamacas paraguayas, cuadros, el cuero de una boa constrictor; y luego otra pieza que, —¡vaya casualidad!— también está tapada de libros. El cicerone se disculpa sin cesar por el polvo y el abandono, comprobando que “no se puede vivir para una biblioteca”.

Sí, no se puede. A esta altura, y antes de tomar una copa de jerez, también traído de Europa junto con los libros por José Figuera, y que creo que Gastón saca de un estante, lo que estoy queriendo es desembarrarme de la pesadilla libresco, de este K que estoy representando y que deambula por altísimos y montañas de libros. Cuando a través de un tragalujo emergemos a la azotea, al panorama de techos del barrio Sur, a la tarde azoalada, al mar, ¡qué alivio, qué sensación de vida, otra vez! Aunque para expresarlo, lo que viene a mi memoria, implacable, es también una línea de imprenta. Un verso de Guillén: *Vivir es gracia concreta.*

